

Un diplomático al servicio de su Majestad

*Sir George
Dixon Grahame,
(1873-1940)*

**SILVIA RIBELLES
DE LA VEGA**



UN DIPLOMÁTICO AL SERVICIO DE SU MAJESTAD

SILVIA RIBELLES DE LA VEGA

UN DIPLOMÁTICO AL SERVICIO
DE SU MAJESTAD

*Sir George Dixon Grahame,
(1873-1940)*

GRANADA, 2021

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libriecomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Fotografía de portada:

George Grahame, c. 1920. Colección personal de su sobrina Louise Sutcliffe, née Du Cane

Diseño de cubierta y maquetación:
Natalia Arnedo

© Silvia Ribelles de la Vega

© Editorial Comares, 2021

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 • Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

<https://www.comares.com> • E-mail: libriecomares@comares.com
<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>
<https://www.instagram.com/editorialcomares/>

ISBN: 978-84-1369-144-2 • Depósito Legal: Gr. 380/2021

Fotocomposición y encuadernación: COMARES

*A mi gran amigo, David Wingeate Pike (1930-2020)
que nunca dejó de sorprenderme
con su constancia y su sólida ética
de trabajo, hasta el final.*

*La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron,
ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo,
esa íntima biografía la que más cosas nos explica.*

Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida.*

SUMARIO

AGRADECIMIENTOS	XI
INTRODUCCIÓN	XIII

PRIMERA PARTE (1873-1928)

CAP. I.—INFANCIA, JUVENTUD Y PRINCIPIO DE CARRERA	3
I. INGLATERRA, 1873-1896	3
II. IN THE SERVICE OF THE QUEEN, 1896	10
III. POR FIN, EL MUNDO. PARÍS, 1898-1901	15
IV. BERLÍN, 1901-1903	22
V. BUENOS AIRES, 1903-1905	29
CAP. II.—CONSOLIDACIÓN EN EL SERVICIO Y LA GRAN GUERRA	41
I. DE VUELTA AL PARÍS DE LA BELLE ÉPOQUE, 1905	41
II. LA GRAN GUERRA	48
III. FINAL DE LA GUERRA. GEORGE GRAHAME, EMBAJADOR DE FACTO EN FRANCIA	57
IV. ARMISTICIO Y TRATADOS DE PAZ, 1918-1920	60
CAP. III.—SIR GEORGE, EMBAJADOR EN BRUSELAS	69
I. EN LA CÚSPIDE DEL SERVICIO DIPLOMÁTICO. EMBAJADOR EN BRUSELAS, 1920	69
II. UNA PAZ TENSA. LA CRISIS DEL RUHR, 1922-1925	80
III. LA CONFERENCIA DE DESARME DE GINEBRA, SEPTIEMBRE DE 1925	88
IV. PRO PATRIA, PRO REGE. YPRES Y LA PUERTA DE MENIN, 1927	92
V. SIR GEORGE Y «LES BRAVES BELGES»	101

SEGUNDA PARTE (1928-1940)

CAP. IV.—EL SOL DE ESPAÑA	111
I. EMBAJADOR EN MADRID, 1928	111
II. DE PRIMO DE RIVERA A LA ANTESALA DE LA REPÚBLICA, 1928-1930	119

CAP. V.—QUO VADIS, HISPANIA	131
I. LA PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA, 14 DE ABRIL DE 1931	131
II. LONDRES RECONOCE LA REPÚBLICA, 21 DE ABRIL DE 1931	138
III. LA JOVEN REPÚBLICA ECHA A ANDAR, ABRIL-JUNIO DE 1931	146
CAP. VI.—UNA PROEZA FORMIDABLE	151
I. LAS ELECCIONES GENERALES DE JUNIO DE 1931	151
II. LAS PERTENENCIAS DE LA REINA VICTORIA EUGENIA Y LA REPÚBLICA	164
III. EL COMITÉ HISPANO-INGLÉS Y LA RELACIÓN DE SIR GEORGE CON MADRID	172
IV. LAS ELECCIONES GENERALES DE 1933	177
V. LA REVOLUCIÓN DE ASTURIAS DE 1934	181
VI. SIR GEORGE Y LA RECONSTRUCCIÓN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO	198
CAP. VII.—FINAL DEL NOMBRAMIENTO	201
I. FIN DE CARRERA	201
II. TRAS LA JUBILACIÓN	204
III. FALLECIMIENTO Y CAÍDA EN DESGRACIA	212
CAP. VIII.—CONCLUSIONES	227
FUENTES DOCUMENTALES	231
BIBLIOGRAFÍA	233
ÍNDICE ONOMÁSTICO	237

AGRADECIMIENTOS

Ya que este es un libro que sigue la línea cronológica de la vida del personaje, voy a seguir también la línea cronológica de la gestación de esta biografía para proceder a presentar mis agradecimientos.

En primer lugar, debo mencionar a Keith Hamilton, historiador ahora retirado del *Foreign and Commonwealth Office*. Él fue quien me animó a estudiar la vida de *sir George* al principio de la investigación, cuando contacté con él buscando el valor de este hombre olvidado: «Por fin alguien se anima a escribir la biografía de Grahame. El personaje lo merece».

Debo mencionar a continuación a los descendientes de *sir George*. Glenn y Louise Sutcliffe de New Forest pusieron a mi disposición toda la *Georgiana* que habían heredado: cartas, fotos, documentos varios. Poco a poco fueron enviándome copias digitales de su archivo personal que el padre de Louise, Tony Du Cane, había recibido en los años cincuenta de manos del albacea de *sir George*. Me desplazé al sur de Inglaterra durante una de mis visitas al archivo de Londres para conocerlos en persona. Han sido, con diferencia, los mayores benefactores de este trabajo.

Lady Corinna of Dalzell, hija de Pierson Dixon, también merece mi más profundo agradecimiento. Me recibió en su maravillosa casa de campo en Betchworth, en el condado de Surrey, donde me dio acceso a los documentos relacionados con *sir George* que habían obrado en posesión de su padre, quien había sido su secretario de la embajada. Tras una larga mañana de trabajo en el fantástico salón de su casa, me invitó a comer en el jardín, rodeadas de mazos de rosas, dalias, hortensias y con la presencia silenciosa del río a nuestras espaldas. Una jornada deliciosa en todos los sentidos.

Todos los empleados de los archivos, bibliotecas y centros de estudio que he visitado o con los que me he comunicado mediante correo electrónico han sido extremadamente amables y pacientes conmigo, y por ello les estoy inmensamente agradecida. Entre ellos quisiera mencionar a Santiago Caravia Noguera, de la Biblioteca Ramón Pérez de Ayala de Oviedo, por su atención y amabilidad; a Josefina Velasco Rozado, archivera de la

Junta del Principado de Asturias, quien me facilitó el artículo que me dio la clave del paradero de la biblioteca de *sir* George, que fue como encontrar la aguja del pajar. Y a Ludivina Álvarez Fernández, que me ayudó a contactar con el Archivo de la Universidad de Oviedo. Además, debo mencionar especialmente a Joseph McManis (Joe), auxiliar de consultas de la *Lilly Library* (biblioteca de la Universidad de Indiana), con quien mantuve correspondencia virtual. Buceando en los fondos del embajador estadounidense Claude Bowers, amigo personal de *sir* George, Joe fue más allá de sus obligaciones y realizó una búsqueda (sin que yo se lo pidiera) en los diarios personales de Bowers, lo cual me dio unas pistas de gran valor para mi investigación.

María y Marcelo Díaz, los actuales dueños de la casa que *sir* George se construyó a las afueras de Montevideo en los años treinta, también merecen mis más profusos sentimientos de gratitud (¡y admiración!) por recibirnos a mi familia y a mí, completos desconocidos, en la espléndida antigua casa de *sir* George que han conservado casi intacta, con gran gusto y acierto.

Asimismo, debo mencionar a Carmen Heredia Campos, quien ha sido capital a la hora de encontrar una de las piezas del puzzle de la vida de *sir* George. Llegué a ella gracias a Manuel Olmedo Checa, ilustre Académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga, a quien también estoy muy agradecida. Carmen Heredia Campos me ayudó a encontrar a la buena amiga de *sir* George, Julia Heredia, con la que estuvo a punto de casarse ya sexagenario. Y gracias a un contacto que ella me facilitó, pude entrevistar a una mujer que llegó a conocer a la propia Julia, su sobrina María Eugenia Miranda Azcona, quien, además, me facilitó la única foto que he podido encontrar de Julia, y que el lector encontrará entre estas páginas. Por último, apenas unos días antes de entregar el manuscrito final al editor, apareció Magdalena Loring Armada quien me ayudó a encontrar a la dueña actual del anillo de diamantes que *sir* George le dejó a Julia Heredia en su testamento, y así logré satisfacer mi faceta fetichista. A todos ellos, mi más profundo agradecimiento.

Ben Newick, *butler* de la embajada británica en París, también es merecedor de mi más profundo agradecimiento. En el verano de 2017 nos dio un tour privado a mi buen amigo, lamentablemente fallecido, el profesor David Wingeate Pike y a mí por el magnífico edificio. Fue una fuente importantísima de información y de inspiración para rellenar estas páginas.

Finalmente, deseo dejar constancia de mi gratitud a *sir* Paul Preston. Siempre que he llamado a su puerta me la ha abierto de par en par. Gracias a él pude contactar con Miguel Ángel del Arco, mi editor, a quien también agradezco su entusiasmo por el personaje, su ayuda y su paciencia. Y por fin, a la *Anglo-Spanish Cultural Foundation*, por financiar la edición.

Huelga decir que ninguna de las personas aquí mencionadas es responsable por las inexactitudes, errores e incorrecciones que se hallen en este libro. Sólo yo sería culpable.

INTRODUCCIÓN

Las buganvillas en flor contrastan con la cal blanca de la ermita y el verde rabioso de los árboles centenarios que dan sombra al visitante, y le regalan un soplido de frescor bajo el sol tropical. Las tumbas más antiguas datan de principios del siglo XIX en este *Cemitério dos Ingleses* de Río de Janeiro, situado en lo que fue uno de los enclaves más hermosos de la bahía de Guanabara, por su naturaleza exuberante, y por encontrarse a orillas del mar y a los pies del morro da Providença. Al otro lado de los silenciosos muros traseros del vetusto cementerio, la favela de Gamboa, la primera de Río de Janeiro, lleva más de cien años creciendo, e incluso aprovechando esos mismos muros por su parte exterior para construir sus escuálidas viviendas. Las cálidas olas de la bahía carioca lamían cien años atrás los muros delanteros del cementerio, pero las obras de saneamiento y extensión del puerto comercial han puesto cientos de metros entre los silenciosos habitantes del recinto y el mar. Por fin, con la entrada del siglo XXI, la Cidade do Samba interrumpió para siempre, con sus feos edificios, las hermosas, aunque distantes ya, vistas sobre el océano. El cementerio, que se construyera en uno de los lugares más hermosos y apartados de la ciudad para descanso eterno de los súbditos británicos que hallaran la muerte en aquellas latitudes, lejos de la verde isla apostada en el costado noroccidental de Europa, es hoy en día una gema de verdor y quietud engastada en un mar de hormigón y suciedad. Sir George Dixon Grahame descansa allí para siempre bajo su negra lápida, entre los inmaculados muros, desde su fallecimiento repentino el 9 de julio de 1940 en el Hotel Gloria. Sus deseos desde luego no eran estos. La muerte lo encontró en Río súbitamente, y París, su amado París, donde había vivido más de 25 años, y donde él había querido que sus cenizas descansasen, estaba muy lejos y bajo ocupación nazi, al otro lado del Atlántico infestado de submarinos alemanes.

Sir George Dixon Grahame fue uno de los diplomáticos con más experiencia y mejor considerados de su época. Su primer destino como tercer secretario fue París, en 1898, y tras una corta estancia en Buenos Aires y en Berlín, regresó a la capital de Francia. Sus informes desde allí eran muy detallados, y ofrecen unas brillantes descripciones

de las negociaciones del embajador, lord Bertie of Thame, con los ministros franceses. Jugó un papel especialmente importante en las negociaciones anglo-francesas durante la crisis de Agadir. Y tras el final de la crisis, lord Bertie y *sir* George, ambos, se opusieron rotundamente a los deseos franceses de restringir aún más la zona del Marruecos español.

Durante la Gran Guerra, *sir* George era primer secretario del aún embajador de Gran Bretaña en París, lord Bertie, cuando la ciudad estuvo asolada por las tropas alemanas, sufriendo bombardeos diarios, e incluso teniendo que evacuar a Burdeos por una temporada. Apenas seis meses antes del final de la guerra, lord Bertie, enfermo, fue reemplazado por lord Derby, un militar sin experiencia diplomática pero muy carismático entre los oficiales de alto rango aliados. George Grahame llevó el peso de la embajada durante esos últimos meses del conflicto y hasta la firma del armisticio el 11 de noviembre de 1918. Durante las Conferencias de Paz de París, una vez terminada la guerra, como Ministro Plenipotenciario de Su Majestad, firmó el Tratado de Sèvres, que despiezaba el Imperio Otomano. En julio de 1920 fue nombrado embajador en Bruselas donde capeó el temporal dentro del marco de las escabrosas relaciones entre Francia y el Reino Unido debido a las reparaciones de guerra, y de la crisis del Ruhr, cuando los franceses y los belgas decidieron ocupar esa parte de Alemania ante el impago de dichas reparaciones por parte de los vencidos, pago que estipulaba el Tratado de Versalles. En 1928 fue destinado a Madrid, y mientras estuvo en la capital de España le tocó lidiar con la caída de la monarquía y la proclamación de la República, por lo que tuvo que presentar credenciales, primero al rey, y unos años después, al Presidente de la República. Sus informes apaciguadores al *Foreign Office* desde Madrid entre el 14 y el 21 de abril de 1931 contribuyeron en gran medida al pronto reconocimiento oficial por parte del Reino Unido del nuevo régimen español. También, durante su estancia en Madrid, manejó la crisis que supuso la revolución de 1934 con una actitud mucho más liberal de la que se podía esperar de un miembro de la alta sociedad británica, de un representante de un país de inclinaciones conservadoras. De hecho, unos años más tarde condenaría el golpe militar de julio de 1936 sin miramientos, diciendo:

A veces me pregunto cómo es que con mi educación conservadora, rodeado de la alta burguesía terrateniente, tengo estas opiniones. Creo que uno de mis antepasados debió de haber sido un republicano de Cromwell y su sangre corre por mis venas.¹

Tras su jubilación, en julio de 1935, se compró un terreno en Montevideo y se construyó una casa, en la que vivía durante seis meses al año. Los otros seis los pasaba en Europa. Pocos días después de su fallecimiento, su buen amigo Claude Bowers, embajador estadounidense en Madrid, escribe sobre él en su diario: «Aunque se educó como un conservador, la vida, su buen corazón y sus sensatos principios lo convirtieron

¹ Lilly Library Indiana University (a partir de ahora LLIU), Bowers MSS.II, 1893-1960, carta de G.D Grahame a C. Bowers, 7 de septiembre de 1936.

en un liberal.»² Este liberalismo contribuiría, como se verá, a su caída en desgracia entre sus compañeros de Servicio al final de su vida.

Sir George fue el inglés mejor conocido en los círculos sociales de la Europa de entreguerras. Entre sus amistades se contaban no sólo políticos, diplomáticos y hombres de Estado, sino también escritores y filósofos, compositores y artistas, y damas de la alta sociedad: el novelista H. G. Wells, la compositora Lady Ethel Smyth, la poetisa Anna de Noailles, la Infanta Eulalia, la reina Isabel de Bélgica, el escritor Maurice Baring, el clasicista T.E. Page, el economista John M. Keynes, el escritor y diplomático Ramón Pérez de Ayala, entre otros. En su necrológica publicada en el periódico londinense *The Times* se dice que era soltero, y además:

Era el hombre más alto del Servicio Diplomático. Su gran altura y sus vivos ojos azules le hacían gozar de notabilidad en cualquier reunión. En la vida privada, siempre se le veía acompañado de un enorme perro gran danés.

Fue, sin lugar a dudas, un hombre peculiar. Refinado, políglota, culto; amante del lujo pero sin grandes ostentaciones; sofisticado y elegante. Muy inteligente. Un poco narcisista: se hizo esculpir un busto de mármol que cedió en su testamento al Comité Anglo Hispano de la Residencia de Estudiantes de Madrid y, si éste lo rechazaba, al Museo de Bellas Artes de Bruselas, ciudad donde había ejercido como embajador. Melómano: tocaba el piano y asistía asiduamente a óperas y conciertos. Artista: pintó varios cuadros, de los que desconozco su valor artístico. Muy trabajador, un gran profesional. Uno de los diplomáticos de carrera británicos más reconocidos y de mayor valía de su generación. Estando Claude Bowers al frente de la embajada estadounidense en Madrid, escribió una carta a su presidente, F. D. Roosevelt, fechada el 9 de septiembre de 1936. En ella le decía, entre otras cosas, que estaba sorprendido ante cuán proclive a los insurgentes era el embajador británico, Sir Henry Chilton. Añadió que lo conocía con suficiente profundidad como para afirmar que, política e intelectualmente, no le llegaba a la suela de los zapatos a su antecesor, Sir George Grahame.³

Sir George murió repentinamente en Río de Janeiro durante unas vacaciones en julio de 1940. Sus papeles personales, que son lo que más interés habrían presentado para esta investigación, se quedaron en compás de espera en su casa de Montevideo hasta que sus albaceas comenzaron la ardua y complicada tarea de repartir el legado de este hombre entre sus múltiples recipientes, todos al otro lado del Atlántico. Sir George llevaba años dándole vueltas a la creación de unas memorias, pero no se sabe hasta qué punto las completó. Sus cartas, diarios y documentos personales, que él mismo había ido, poco a poco, archivando y dividiendo en carpetas dependiendo de su origen, del remitente, o

² LLIU, Bowers MSS.II, 1893-1960, diario, 13 de julio, 1940.

³ BENNETT, Edward. *Separated by a common Language: Franklin Delano Roosevelt and Anglo-American Relations 1933-193: The Roosevelt-Chamberlain Rivalry* (Lincoln: Universe, 2002), p. 113.

de la época de su vida en que fueron generados, de alguna manera llegaron a Europa. De los dos albaceas que había designado en su testamento, sólo quedaba con vida al finalizar la contienda mundial la británica Frida Moore. El otro albacea, el capitán John Ranulph Allsopp (1908-1943), que fuera su agregado honorario primero en Bruselas y luego en Madrid, había fallecido en el norte de África luchando contra los alemanes en 1943. Frida Moore, secretaria personal de *sir* George en Madrid, viéndose incapaz de decidir qué era lo que se debía guardar y lo que se debía destruir, en 1950 le envió por valija diplomática la totalidad de los papeles personales de *sir* George al que había sido su tercer secretario en la embajada de Madrid, *sir* Pierson Dixon, que en aquella época ocupaba el puesto de embajador británico en Praga. Él decidió lo que se debía destruir y lo que se debía remitir a los sobrinos de *sir* George, hijos de su media hermana Dorothy Du Cane, en Inglaterra, sus únicos herederos, ya que el diplomático nunca se había casado ni había tenido hijos. Una vez que esta investigación comenzó, sólo los descendientes de uno de los sobrinos se mostraron siempre dispuestos a compartir los papeles del «tío Georgie» que ellos habían heredado para completar esta investigación. La otra parte nunca respondió a mis múltiples solicitudes de ayuda y colaboración.

George Grahame era visto por algunos de sus contemporáneos como un advenedizo en el Servicio, un hombre que no pertenecía a la élites sociales de las que se nutría el cuerpo diplomático en aquellos años. No había asistido a Eton, ni a Oxford o Cambridge; no era un atleta *comme il faut*, y algunos incluso sostenían que era un ignorante. Nadie sabía cuál era su origen, y eso daba pie a la especulación y al chismorreos en los clubes de Londres ante nada mejor de qué discutir. Y, si esto no era suficiente, todo apunta a que *sir* George cayó en desgracia definitivamente entre sus colegas en la década de los treinta, parece que por falsos rumores que el propio Alfonso XIII hizo correr sobre él. Es posible que la insistencia de *sir* George desde Madrid para que Londres reconociera al Gobierno de la República lo antes posible contribuyese a que el monarca español en el exilio le «devolviera el favor» haciendo correr por Londres ciertas historias de carácter maligno sobre él, creando así su leyenda negra personal, que ni tan siquiera su antiguo segundo secretario, *sir* Pierson Dixon, con quien había labrado una estrecha amistad, se molestó en desmentir décadas después, como veremos. Sus compañeros de profesión, tanto sus contemporáneos como los que eran más jóvenes que él y lo conocieron al final de su carrera y trabajaban a sus órdenes, escribieron sus memorias en los años sesenta, setenta y ochenta del siglo XX y ninguno de ellos tiene nada bueno que decir sobre nuestro personaje. Ya se había convertido en carne de cañón.

Esta biografía echó a andar tras estudiar los informes que se escribieron desde la embajada británica en Madrid para informar a Londres sobre el levantamiento revolucionario en Asturias de 1934. Se trataba de unos escritos muy informativos, equilibrados y que resumían la terrible situación en el país sin hacer juicios personales. Me parecieron tan profesionales que me vi en la necesidad de saber más sobre su autor. Poco a poco fui acumulando datos y descubriendo a un personaje lleno de encanto, sofisticación e interés.

Esta es su historia.

Sir George Dixon Grahame fue uno de los diplomáticos de carrera mejor considerados de su época. Entró en el Servicio en 1897, y en 1920 ya se había convertido en uno de los embajadores más jóvenes del país. En París, donde permaneció durante 22 años, trabajó a las órdenes de lord Bertie of Thame, primero, y lord Derby, después, durante la Gran Guerra. Fue testigo y protagonista de las negociaciones de paz tras el conflicto armado, y firmó el Tratado de Sèvres como representante de Gran Bretaña.

En su puesto como embajador en Bruselas, capeó la difícil situación creada por la hostilidad de Francia hacia Alemania, y el deseo de aquella de atraer hacia su órbita a Bélgica, todo lo cual iba en contra de los intereses de Gran Bretaña. Se ganó el afecto y la simpatía de muchos miembros del Gobierno belga, de los monarcas y de la sociedad de aquel país.

En 1928 fue nombrado embajador en Madrid. En España, su intervención fue decisiva para que el Gobierno de Su Majestad reconociese lo antes posible el nuevo régimen republicano que se proclamó en 1931. Se jubiló en Madrid en 1935.

Al final de su carrera diplomática cayó en desgracia. El rey Alfonso XIII, que nunca le perdonó su aprecio hacia la República, hizo correr falsos rumores sobre él en Londres. Esto, unido al hecho de que *sir George* era un personaje un tanto misterioso al que muchos consideraban como un excéntrico y un pacifista filo-germánico, terminó por arruinar su reputación entre sus compañeros de carrera. Soltero y sin descendencia que pudiera defenderle, *sir George* fue arrinconado, e incluso denostado, después de su muerte por aquellos que lo conocieron y escribieron sus memorias. Sirva este libro para reivindicar su figura y devolverle al caudal de la historia.



COMARES
editorial

